

IDEAS HISTÓRICAS

Carta del Mariscal de Belle-Isle a su hijo. Siglo XVIII.

El Navío que el Rey os acaba de conceder es uno de los mejores de la Marina francesa: su segundo es un militar respetable por sus largos y excelentes servicios; todos los oficiales de su dotación son de edad y no hay ninguno de ellos que por sus hojas de servicios no hayan merecido más que vos el haber sido nombrado Comandante y, no obstante, sois vos, quien va a ser su jefe; que esta primera reflexión no se aparte jamás de vuestra memoria.

No os voy a decir nada nuevo. Buscad el merecer la estima del personal que vais a mandar, esta máxima es trivial, pero yo añadiría que busquéis merecer su cariño. Todo jefe que sabe conciliar este estimable sentimiento obtiene, con facilidad, todas las cosas, incluso, las más difíciles, mientras que aquel que no los adquiere no logra las cosas más que después de grandes dificultades. Haceros, pues, amar, y el difícil papel de Comandante de un navío se convertirá para vosotros en un agradable juego.

Os equivocaría enormemente si os imagináis que para obtener la estima y el cariño de vuestros hombres, debéis dejar relajar la disciplina o demostrar una complacencia extrema para los deseos de cada uno de vuestros hombres. Este medio no sería ni seguro ni glorioso.

Os equivocaría también si imagináis que una sola virtud, por feliz o brillante que sea, puede conciliaros a este sentimiento, como tampoco son solamente los ojos de una mujer los que os cautivan, sino su conjunto, su figura y su personalidad, es decir, la reunión de factores y conocimientos de una serie de virtudes que os llevarán a obtener el afecto y cariño de todos y cada uno de vuestros subordinados.

Tened para vuestro segundo la mayor de las deferencias, no dando ninguna orden sin consultarlo. Si al ejemplo de otros oficiales faltáis de consideración y respeto para vuestro segundo, la dotación tendrá de vosotros la opinión más desfavorable y terminaréis por ser víctima de vuestra imprudencia, porque vuestra unidad se dividirá entre él y vosotros, seréis presa de los partidismos, de las cábalas, y a partir de allí no podréis esperar el haceros comprender y menos aún convencer de que vuestras decisiones son las correctas.

Con respecto a los oficiales, tened asimismo estima y consideración, consultándoles igualmente, testimoniando vuestro afecto, reconocimiento y confianza e, incluso, vuestra amistad. Sed el sostén, el padre de los jóvenes oficiales, amad a los viejos suboficiales y marineros, habladles frecuentemente y siempre con bondad. Un jefe sacará provecho de esta popularidad.

Estudiad, conocer a fondo a todos vuestros hombres, porque sin este conocimiento estaréis expuestos a ser cada día engañado, confundiríais la modestia con la falta de talento, la confianza con una suficiencia vana, el deseo del buen orden con una crítica maligna, el amor del bien con la delación, la envidia con una ambición desmesurada, la moderación con la apatía o la indiferencia, la severidad con el rigór, y tomaríais los consejos dados por

el interés con aquellos que la verdad dicta. Creyendo dar recompensas sobre la virtud, ellos caerían en la intriga, en suma, proteger los talentos reales y así no protegeréis talentos fáciles o aparentes.

Después de haber estudiado bien a vuestros hombres, los podréis conocer a todos y escogeréis entre los más antiguos, aquellos en los que hayáis visto una virtud, conocimiento, amor a la verdad y al buen sentido. A éstos los debéis unir íntimamente a vos, otorgarles vuestra amistad, confiriéndoles importancia al hablarles de vuestros defectos con franqueza y enseñarles vuestras faltas al desnudo. Escuchad a estos oficiales con atención, con docilidad, pero guardaros, sin embargo, de acordarles una confianza o una exclusividad ciega o demostrarles claramente al resto de los oficiales la preferencia que les otorgáis a aquéllos, porque este conocimiento podría llegar a ser una fuente de inamistades funestas.

Es preciso conocer el genio y el carácter de la nación, sus costumbres, sus prejuicios; es preciso conocer la mejor forma de contener o animar, de recompensar o castigar.

No emplead jamás con vuestros hombres expresiones duras, epítetos que rebajan la dignidad, y no proferir en su presencia palabras innobles o bajas, pues el jefe que se sirve de algunas de estas expresiones se envilece a sí mismo, y si se dirigen a sus hombres se compromete de la manera más evidente. No olvidéis nunca que los hombres son personas humanas como vosotros, franceses como vosotros, con padres, hijos o esposas como vosotros, por lo que debéis, al ordenarles alguna cosa, emplear un tono y una expresión de acuerdo con la forma de ser y de pensar de cada uno, cuyo móvil es en todos, especialmente en los oficiales, el honor. Creedme bien que este medio es el único que es bueno, el único que puede hacer respetar vuestras órdenes, hacerlas agradables y aclarar su ejecución e inspirar al subordinado esa confianza, que es la madre de una buena disciplina y del éxito.

No utilizar jamás de castigo que las leyes y la honorabilidad humana repruebe, que el espíritu nacional condena y si os veis forzado a castigar que se vea en vosotros la pena que experimentáis por tener que recurrir a este extremo. No dejéis escapar el momento de rendir pequeños servicios a vuestros oficiales, porque si únicamente esperáis a las grandes ocasiones os expondréis a no servirles jamás. Al igual que las pequeñas precauciones conservan las virtudes, son los pequeños servicios los que guardan los corazones.

Solicitud con ardor y continuidad las gracias que puedan haber merecido, pues si el Estado Mayor puede rechazar vuestras demandas, vuestros hombres sabrán bien el calor que pusisteis en solicitarlas y os amarán todavía más. No hagáis jamás concebir a ninguno esperanzas que no estéis dispuestos y seguros de poder realizar; cuando las personas que las conciben las ven destruidas, os acusarán de haber jugado con sus intereses.

Conservad la costumbre de levantaros temprano, porque siendo el jefe se tiene necesidad de mucho tiempo, porque jamás tendréis casi tiempo para estudiar, consultar o ejecutar, porque el cargo de jefe exige hoy más que nunca unos conocimientos variados y extensos. ¿Podéis juzgar a los suboficia-

les si no conocéis sus deberes y sus prerrogativas? Esto que os digo es aplicable también al capitán, porque tened presente que solamente siendo capaz de conocer la vida a bordo, el servicio, los trabajos de vuestros inferiores podréis dignamente ser capaces de cumplir con aquella misión que os ha sido confiada, obligando de paso a los demás a aceptar y cumplir con su deber.

No os recomiendo el estudio de las Ordenanzas. Leyes y Decretos que regulan la vida militar, pero no os apartéis jamás de lo que ellas prescriben. La Ley es, a los ojos de todo buen marino, de cualquier ciudadano, una cosa sagrada y aunque se oye frecuentemente que la letra mata al espíritu, se ha visto y se sigue viendo que bajo pretextos de esa vivificación del espíritu muchos se permiten alejamiento de las leyes.

Respetad los usos y costumbres que el tiempo introduce, y si encontráis algo abusivo, abolirlo, pero proceder para ello con prudencia y sabiduría, preparando con vuestros contactos, con vuestra conducta y con vuestras palabras aquello que podéis hacer, resaltando las ventajas que se puedan sacar.

No intentéis nunca destruir numerosos abusos a la vez. Para ello os atenderéis primeramente al más importante y esencial, pues si se ataca simultáneamente todo un edificio que se quiere reconstruir se expondrá a destruirle y algunas veces se trastocará todo. No demoláis más que después de haber preparado aquello que puede o se debe reemplazar. A menudo se ha hecho más mal que bien cuando se ha propuesto sin ninguna consideración cambios, incluso, los más ventajosos y cuando se emplea la violencia para hacerlos adoptar. Consultad para ello a los oficiales sobre las reformas que queréis hacer pues ellos arrastran con su opinión aquella de todos los demás.

No os hablaré aquí de la necesidad de estudiar la guerra. Me limitaré a volver a decir que la Historia es la fuente en la cual debéis profundizar sin cesar pero cuidado, no leed la Historia para aprender Historia sino para aprender la guerra, la moral, el derecho, la economía y la política. No descuidéis las ciencias puras, cultivadlas pues junto con la Historia son los dos planos sobre los que se deben asentar vuestros conocimientos y convicciones.

Guardaros de ser valiente con exceso. Cuántas lágrimas han costado la bravura, el coraje a ultranza. La bravura que es la primera cualidad de un soldado debe estar subordinada en un jefe a la prudencia. Que no se lllore vuestra muerte sino va acompañada de la gloria y del honor. Recordad que aquellos que os aconsejen de cuidar vuestra persona serán los primeros en injuriaros si seguís sus consejos.

Amad a vuestra Patria y lo que ella representa, vuestra bandera, vuestros muertos porque es un deber impuesto a todo ciudadano, sentimientos que deben estar profundamente grabados en vuestro corazón.

Amar a la gloria y que el deseo de obtenerla sea ardiente y amad la honestidad, la honradez y sobre este punto vigilar a vuestros hombres pues de vez en cuando se oye hablar de jefes a quienes se les acusa, no ya de vender empleos, proteger a sus amigos sino de aprovecharse de su situación para negociar.

Tened la unidad mejor y más adiestrada con respecto a las demás. Aquí el

amor propio está permitido al jefe pero no busquéis hacerla más bonita, y sobrecargarla de pompas y bagatelas. Vigilad para que cada servicio esté en todo momento listo para la guerra y que en ella sea vuestra unidad eficaz y para ello no os amparéis en una falsa piedad que os lleve a dejar pasar faltas en el servicio a bordo.

Asistid a todos los ejercicios que en vuestro buque se hagan, sed siempre el primero en los Rendez Vouz que hayáis recibido, ocuparos únicamente de vuestros deberes, sed activo, vigilante, exacto y vuestros oficiales serán así puntuales, atentos, celosos ante el ejemplo. En caso contrario veréis una triste y fría apatía apoderarse de vuestro barco pues todo comandante negligente arrastra a los demás hacia el olvido de sus deberes.

No os dejéis llevar de la impaciencia o de la cólera. Que no tengas que arrepentirte de haber obedecido a los primeros impulsos de tus pasiones. ¿Queréis cometer tonterías? dice un poeta, pues aconsejaros de la colera. Escuchándola, un Comandante compromete algunas veces su honor, otras su vida y muy frecuentemente la de sus hombres.

Obedecer al espíritu de las Leyes y a la jerarquía. La insubordinación es el primer enemigo del militar y muy amenudo un vicio que se trasmite con rapidez y adquiere fuerza a medida que se propaga. Todo aquel que no obedece a sus superiores puede esperar que no le obedezcan sus inferiores.

Mostraros como el juez, el censor, el magistrado y el padre de vuestra unidad; en calidad de magistrado y de juez vigilar el mantenimiento de las leyes, y en calidad de censor y de padre el mantenimiento de las buenas costumbres. Ocuparos de esto muy especialmente, pues es frecuentemente olvidado, cuando no despreciado, por los jefes. Allí donde las buenas costumbres reinan se observan las leyes o, mejor aún, se las ama. En consecuencia, depurar las costumbres, pero no penséis que en ellas se manda, sino que ellas se muestran y se inspiran también en el ejemplo.

La autoridad del ejemplo es aquí como en casi todo más fuerte que la de la voluntad. La vigilancia no nos servirá para nada en descubrir ciertos vicios que se nos pueden reprochar de encontrarlos en nosotros mismos. Si vuestras costumbres son puras, las de vuestros hombres también lo serán, vuestro temperamento se fortificará, economizaréis tiempo, os pondréis al abrigo de numerosos ridículos. No seréis jamás el juguete de las circunstancias y la estima pública os librará de privaciones que de otro modo vosotros mismos os habréis impuesto.

Huid del juego y especialmente del azar, barredlo con cuidado de vuestro buque. Guardaros del vino que embrutece; que vuestra mesa sea buena pero jamás delicada; admitir a los oficiales, a otros compañeros y a vuestros superiores y que los puestos sean señalados por el grado de estima que os merecen vuestros convidados.

Reducir vuestras necesidades a las puramente necesarias, dando ejemplo de sencillez, modestia y pulcritud. Vestir limpio pero sin sobrecargaros, pues eso va bien para los petimetres o para actos sociales o de representación pero sería vicioso para un hombre de guerra en general y para el Comandante de

un buque en particular. Desgraciadamente se ven a muchos oficiales, arrastrar en los arsenales un lujo y una molice propios de la Corte; buscan el distinguirse por sus atuendos y riquezas, por sus esplendidos cabellos, la delicadeza de sus mesas, rivalizando unicamente en el arte de la voluptuosidad. ¿Es esa ambición la que debe animar a un Jefe?

Tanto por vuestra gloria como por vuestra propia e íntima felicidad, os recomiendo mostraros humano y generoso; la humanidad, la liberalidad nos mantienen en el corazón de los hombres con los que vivimos y mandamos.

Tened tacto en vuestras relaciones con las mujeres. Que no os gane la belleza sino sus condiciones, tratándolas como el objeto más preciado que Dios puso en el mundo y sin olvidar que vuestra madre es asimismo una mujer. Que ninguna pueda decir que fuisteis un villano, que la engañasteis aprovechandoos de ella.

Algún gasto que os pueda ocasionar el haceros olvidar a alguien que no merece vuestra amistad, tomadlo con alegría y que se hable más de vuestros esfuerzos por haber hecho el bien que por los esfuerzos de haber querido divertir a unos pocos. El recuerdo de una fiesta que se da, no deja, ni en el espíritu ni en el corazón ninguna señal perdurable, por el contrario aquel de un ser desgraciado que se queda consolado por unos contactos fríos y vanos.

No me opongo a que distribuyáis en ciertas circunstancias importantes gratificaciones a vuestros hombres pero me gustaría más veros dar ese mismo dinero a aquellos que se han distinguido en algún acto de servicio que han cumplido con su deber o han experimentado pérdidas por serviros.

No dejéis pasar ninguna semana sin visitar una o dos veces a vuestros enfermos o heridos, habladles a cada uno de sus problemas, y con bondad escuchad pacientemente sus quejas y preocupaciones, oid sus penas, pues vuestra solicitud contribuirá, tanto como los remedios, a aliviar su curación.

Visitad igualmente a los presos, pues el haber sido culpable debe ser castigado, pero no sometido a condiciones infrahumanas. No os escudéis a costa del sudor y sangre de vuestros hombres en paz o en la guerra, porque es indigno de todo hombre que se precie, pues la gloria que puede adquirirse a ese precio no es bella ni duradera.

Los oficiales franceses se han hecho famosos en Europa por su delicadeza y esto no esperamos de vosotros; quedad lejos de esos modelos, pues la mayor parte de los jefes no son delicados ni corteses más que con sus superiores, sus iguales o con las mujeres, pero tu deber es serlo también con el inferior.

No habléis a vuestra gente en tono imperioso, pues recordad que algunos de vuestros subalternos habían merecido tanto como vos mandar esa unidad. Además, muchos tienen un origen y una antigüedad más ilustre que la vuestra, y no les faltó para haber sido por encima de vosotros más que un poco de suerte.

Sed accesible, afable, cortés, prevenido, pero todavía más hacia el de abajo que hacia vuestros iguales; la cortesía con los iguales no es a veces más que el efecto de una relación superficial y aparente. Las alabanzas recibidas

y los afectos sentidos por no haber hecho sentir el peso de mi autoridad deben animaros a imitar mi conducta.

Reconoced vuestras faltas, meditadlas y reparadlas. Pero que ello sea por un proceso natural, no ostensible para buscad la admiración de los demás, porque de todos los modos seréis alabado y ganaréis los corazones y se os perdonarán las faltas.

Distinguir a los oficiales que demuestren algún talento para la guerra y a aquellos que, sin despreciar sus deberes, se consagran al estudio de las ciencias o de las letras.

Ocuparos mucho de los jóvenes, vigilad su conducta, su instrucción y adiestramiento, así como sus costumbres; sed como ya os dije, su padre, su sostén y si es preciso su profesor. No mandaréis una eficiente unidad en tanto que vuestra oficialidad no sea instruida y que su celo para el Servicio sea vivo y constante, y esto no lo obtendréis más que atendiendo con solicitud a los jóvenes oficiales, haciéndoles inculcar de buen grado la habitud a que su conducta sea regular.

Procurad que los antiguos oficiales conciban para los jóvenes la ternura que un padre tiene por sus hijos o por lo menos un profesor por sus alumnos. Haced que los jóvenes oficiales tengan hacia los antiguos una gran consideración, respeto, condescendencia que los hijos tienen por su padre.

Vigilad para que nazca y se mantenga la unión en vuestro buque, y para ello aplastar las divisiones, desarraigar las inamistades o al menos prevenir sus efectos destructores, ésta es otra de las primeras y más importantes obligaciones impuestas a un jefe.

Sabed de todo lo que ocurra en vuestro barco, pero no empleéis jamás el vil medio del espionaje, porque aquel que haga el oficio de delator de sus camaradas es un deshonesto y no merece ninguna confianza. No recurras a otros ojos, a otros brazos mas que cuando os sea imposible de ver todo, de hacer todo por vos mismo, descendiendo a todos los detalles; no se conocen bien las cosas mas que cuando se conocen los pequeños detalles.

No busquéis a cambio atraer hacia vos los detalles que la ley confía a los subordinados, contentaros con vigilar a todos y hacer que cada uno cumpla con su deber.

Recordad que si se os ha confiado el bonito barco es por el bien de la Patria, que la gloria del Reino sea vuestra preocupación. Si logras demostrar a tus hombres que estáis animados por esos motivos, cada uno de ellos se verán obligados a colaborar en todos vuestros puntos de vista; entonces todas las dificultades desaparecerán y obtendrás la gloria que habéis merecido, obtendréis la estima pública y la felicidad de un padre que tanto os ama.

Por último, estéis donde estéis, en paz o en guerra, no olvidéis que dos ancianos, muy lejos de vosotros, no harán otra cosa que soñar con vos, bendeciros y vivir ya unicamente de vuestro recuerdo. Por el contrario en cada momento pensad tambien en nosotros, que habiendo ya agotado nuestra vida

en el servicio de la Patria, volvemos a gozar o sufrir, con vuestras glorias o vuestras penas y en fin a vuestra madre que durante mis largos años de ausencias, supo forjar en vos esa armazón espiritual, física y esos sentimientos que son hoy todo cuanto más deseamos ver en vos.

Que Dios guíe vuestros pasos, vuestras acciones y vuestra vida y junto con su bendición va la de tu padre que, repito, vive únicamente en ti y para ti.